



OLGUÍN DURÁN, ALBERTO (2021). *LOS TEATROS OLVIDADOS. TEATROS, CINES, PABELLONES, CIRCOS Y PLAZAS DE TOROS EN ANTOFAGASTA (1871-1950)*. COMPAÑÍA DE TEATRO MIXTERIX- EDICIONES PAMPA NEGRA.



*Los teatros olvidados*, no es un libro de arquitectura ni de teatro, no se apoya en números, no analiza la construcción ni el estilo decorativo ni el equipamiento teatral con el detalle al que nos han acostumbrado los arquitectos e historiadores. Los teatros olvidados es más bien un libro de memoria, un libro de lugares habitados, configurados y configurantes de las gentes que los transitan. Lugares que se construyen y nos construyen con sus historias. Lugares que son nosotros, más allá de las obras, los ensayos o los eventos que suceden en ellos. Porque un teatro en la ciudad no es solo un teatro.

Si bien el texto se centra en los primeros edificios teatrales de la ciudad de Antofagasta y el aporte que tuvieron para la sociedad antofagastina, al leer sus páginas recordamos nuestros teatros allende los mares, y nuestras gentes. Vemos nuestras peculiaridades reflejadas en sus diferencias al tiempo que sentimos las similitudes. Vernos en el otro distinto nos hace entendernos, nos descubre matices de nosotros que no apreciábamos. Como en toda buena obra teatral en este texto lo particular se vierte en universal.

La investigación que se ha desarrollado se adivina ardua y compleja, lo que se detecta inmediatamente al descubrir en sus fuentes documentales la inmersión prolija realizada en las revistas y en la prensa, en los planos y en la documentación oficial de archivos históricos de la época, para dejar poco espacio a las especulaciones. A pesar de esto la lectura es fluida e interesante.

Alberto Olguín periodiza, clasifica y organiza los teatros y los sucesos con rigor y los dota de sentido, lo que le permite comparar y establece relaciones con su entorno y la historia propia de su país sin arbitrariedades. Así dos grandes periodos desde 1871 hasta 1905 y desde 1906 hasta 1930. El primer momento con la construcción del primer teatro y el descubrimiento del mineral de plata y el segundo con la aparición de los entretenimientos cinematográficos, las reivindicaciones sociales y en su caso la matanza de la Plaza Colon en 1906.

El primer periodo se estructura en tres actos como si de una obra teatral se tratara y el segundo periodo en otros tres para cerrar el telón con las conclusiones. En cada acto se centra el autor en la esencia en los rasgos culturales singulares, así descubrimos enseguida que cuando Antofagasta era parte del territorio boliviano en vez del chileno, y antes de tener un Hospital, un Lazareto, e incluso antes de tener una Municipalidad y servicios básicos, tuvo un teatro, como si lo necesitara la sociedad para configurarse su propia narración, para forjar su memoria cultural e identitaria.

Avanza el texto captando sensibilidades, «enfocando las minucias de la vida cotidiana, las trivialidades que definen mucho la cualidad y el ambiente del mundo social», dotando los sucesos de sentido, estableciendo relaciones y conectando la especulación teórica con la «praxis» artística en el campo específico del teatro porque se trata de conocer el rol que tuvieron esos teatros en cada periodo. Se pintan estos teatros, que aunque alejados del aparataje técnico y la ostentación oligárquica, eran utilizados para: operetas, obras teatrales, circo, títeres, marionetas, varietés, magia, proyecciones cinematográficas, partidas de Boxeo, bailes de máscaras, prestidigitadores, zarzuelas, faquires, conciertos de música docta, reuniones políticas, bazares de beneficencia, entregas de premios y hasta corridas de toros, claro que simulacros de corridas, porque desde inicios de siglo la matanza del animal a manos del torero estaba prohibida. Variedad de espectáculos que construyen y dan cuenta del eclecticismo y la singularidad de una ciudad portuaria capaz de adaptarse a todo.

Las primeras décadas del siglo XX vieron como muchos espacios para las artes escénicas aparecían y desaparecían con la velocidad del cambio de las carteleras. La oferta fuera de los espectáculos en vivo se intensificó y aparecieron nuevos espacios como los circos y los pabellones, es decir carpas fijas acomodadas como teatros con escenarios que

se armaban y desarmaban para mutar el espacio del teatro al circo o de la opereta a los toros o del boxeo al biógrafo. Espacios que aspiraban a imitar la concepción de un teatro a la italiana con lunetas, palcos, galerías para los espectadores, maquinaria teatral para los artistas y una gran pantalla, pero carentes de comodidad y mecanismos de seguridad para los espectadores. 15 salas para 51.531 habitantes y sobre todo una gran variedad de espectáculos.

En Antofagasta se dio Don Juan Tenorio ocho veces por ocho compañías distintas y durante los años del Teatro Nacional, 1923, actuó nuestra Margarita Xirgú en la comedia dramática Magda de Hermann Sudermann.

Todo el texto está ilustrado con entrañables imágenes, en su gran mayoría en blanco y negro que apoyan el relato. En todas viene oportunamente referenciada la procedencia de estas.

Podemos concluir con todo ello que es una investigación rigurosa y muy completa, de amena lectura e imprescindible para comprender y valorar el edificio del teatro como algo más que un mero contenedor o un representante de una tipología funcional edificatoria. Para valorar el teatro como un espacio simbólico tanto geográfico como social y cívico.

Felisa de Blas Gómez

